



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

EUGENIO NOEL
Mesalina en el jardín de Lúculo.

UN PEQUEÑO-REPORTER
De la semana picaresca.

GABRIEL ENCISO
Todas iguales.

ANTONIO DE LEZAMA
Mujer prevenida...

RAMÓN ASENSIO Y MÁS
Cuentos inocentes.

VÍCTOR DOMÍNGUEZ
La penetración pacífica.

ANTONIO PEDROSA
La novela del amor.

LUIS DE OSSA
Viendo se aprende.

GABRIEL GARCÍA MAROTO
Noche en Nápoles.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO
Caricaturas varias y retrato de
la «Radhjäh».



LA «RADHJAH»

Cuyas danzas sagradas de la India han entusiasmado
á austriacos y alemanes.

5 cénts.



—Amos, señá Duvigis; no me ozjete que no tengo razón pa lo que digo. ¡Miusté que no sacarle ni pa un coci á ese sinvergozón de mi marido, cuando otra le ha sacao diez mil del ala pa alimentos al suyo, ni es legitimo, ni es legal ni es correzto...!

—Pára el carro; no te coja un gachó del Municipio por andar tan de prisa, y oye un cuento que te voy á contar.

—¿Es sicaliztico?

—Na de eso.

—Usté dirá.

—Pues una historia que vié, pa el caso tuyo, como anillo pa el dedo ú pedrá en ojo é boticario. —Güeno. Escomiencie usté, que estoy en vilo por saber esa historia.

—Vas á oirla; pero pon atención.

—Soy tóa oídos. —Sabrás que la Alifonsa, la casquera, se ha separao de su hombre.

—Me lo handicho. Y ella se fué al juzgao con el anhelo de pedir el socorro alimenticio, que es lo que anhelas tú.

—Naturalmente, ¡porque es de ley y de justicia!

—¡Chito!... Conque la dice el juez, ú el secretario, ú el fiscal...

—¡El que fuese! ¿Y qué la dijo? —“Señora, ¿usté es casá?” Y ella no supo más que decir... que se quemó el archivo parroquial de la iglesia en que contrajo

matrimonio nuncial con su marido, y que, por consiguiente, la partía de boda se perdió con tós los libros. Y el juez, que es un guasón, la repregunta: “Pero... ¿la costa á usté si se dió aviso á los bomberos pa apagar el fuego?” “Puá que llegaran tarde.” “Sí; de fijo... Pero, pa presentar esta demanda, la ocurre á usté dos cuartos de lo mismo. Traiga usté la partía, y hablaremos. Hay que cumplir con ese requisito, porque lo exige el Código... Otra cosa: ¿no estará la partía en el Registro civil?” “¡Ay, no, señor!” “¿Hubo otro fuego?”

.....
Total: que Alifonsa se armó un lío; pero iba aleccioná... Conque repuso: “Es que yo me casé el sesenta y cinco, antes de que tuvián que registrarnos ustés...” “No importa. Aténgase á lo dicho.” Y ahí tiés el cuento, porque á ti te pasa (que dirá el juez) dos cuartos de lo mismo. —¿Lo qué me pasa á mí?

—Que tu partía... se habrá quemao también en un archivo. —Pues miusté, la verdá, señá Duvigis; no le veo la punta al cuentecito. —Quedrás decir la historia.

—Lo que sea; pero ¿qué siznifica?

—Muy sencillo. —¿Y es?

—Na. Que pa pedir los alimentos, en vez de *socio*, hay que tener... marido.

Por las interlocutoras,
Carlos Miranda.

MESALINA EN EL JARDIN DE LÚCULO

MESALINA, la insaciable, reinaba por entonces.

Claudio, su marido, acababa de pagar á los asesinos de Calígula, su antecesor, los quince mil sextercios convenidos.

Séneca concluía una de sus tragedias morales.

Pedro el Pescador que, desde seis años atrás, ocupaba la silla apostólica, no había conseguido del Señor que sepultara bajo una tempestad de fuego el jardín de Lúculo.

Lúculo tenía en el puerto de Ostia un jardín de lujuria. A costa de mucho dinero y experiencia en el vicio lascivo logró reunir en él cuantas imágenes de la sensualidad existían en su tiempo. Extendíase hasta el mar, y las naves descargaban en el jardín sus riquezas ó caravanas de hermosos cuerpos de mujeres.

Mesalina, que gustaba disputar con Séneca el cordobés, frecuentaba este jardín. Su amante Silio y ella habíanse hecho a laudir en la pantomima de la Fiesta de la Vendimia, ideada allí mismo.

Y una tarde, Mesalina y Séneca llegaron al jardín de Lúculo para ver al histrión Jocundus, mimo de la escuela famosa de Livio Andrónico, padre de la Pantomima en Roma.

Jocundus danzó cerca del ara de Livia, bajo los árboles adornados con galos, priapos y símpulos obscenos, en el espacio mismo que las diez esclavas indias de Mesalina necesitaban para bailar la kudaka, danza védica en honor de Kama.

Era Jocundus un adolescente admirablemente conformado y de un talento excepcional en sus trabajos de histrión.

Por mandato de Mesalina danzaba desnudo. Los cymbalos, la flauta y el órgano de pedal acompañaron sus juegos mimicos. Variábase el rostro, sin dejar de danzar, con máscaras muy finas, y Séneca miraba aquel hermoso cuerpo, maravillado de que el cuerpo pudiera expresar de tan prodigioso modo unas sensaciones caprichosas del alma.

La Emperatriz reía satisfecha del estupor del filósofo, y una vez concluido el baile hizo sentar muy cerca de su triclinio al coreuta sin rival. Lo besó en los ojos, y con sus labios augustos trazó en las líneas del cuerpo de Jocundus un húmedo diseño de guirnalda votiva.

—Baila otra vez—le dijo.

Y el adolescente imitó á Bathilo en la

danza Itálica, danza á cuyo solo anuncio congregábase Roma entera. Séneca podía ver cómo un cuerpo de belleza perfecta, ágil, flexible, gimnástico, sin violentar jamás su propia hermosura, expresaba el estado de alma de la máscara.

Cuando hubo concluido, Mesalina acarició irónica la barba corta y áspera del filósofo ibero, y le preguntó:

—¿Qué te parece, Séneca?

El filósofo permanecía quieto en su pos-



—Eres atroz. ¡Mira que tener tres amantes!..

—Es que los tres me gustan por una cosa.

—No me digas más: ya sé qué cosa es.

tura habitual, el codo en la rodilla y el mentón en la palma de la mano, mirando todavía el lugar que ocupara durante la danza el mimo Jocundus, como si éste aun danzase. No sentía las caricias burlescas de Mesalina, y probablemente buscaba una honda razón.

Mesalina le dijo:

—¿Ves cómo la carne reina sobre el espíritu?

—¿Qué carne?—preguntó el filósofo.

CUENTO VIEJO



—¿En qué lado me acuesto, riquín?

—Te pongas donde te pongas, yo... te dejaré cor mir...

—La de éste, la mía y la tuya—respondió la Emperatriz.

—Mi espíritu domina su carne, como ése la suya. Sólo tú, Mesalina, no puedes dominarte.

—¿Poco sabes tú de estas cosas, Séneca!

—Sé que un hermoso cuerpo trastorna á quien lo posee y se deja dominar en todos sus actos por lo que ha de procurarle un placer ó de causarle un dolor. Al espíritu, el dolor ó el placer le encuentran siempre indiferente, así que no insensible.

—¿No crees en la sensualidad?

—Creo en los sentidos y en que su fortaleza ó debilidad dependen de la fuerza ó ternura del alma.

—Y, sin embargo, Domiciano pensaba como tú y ha dormido conmigo.

—Dormiría con su Emperatriz por humillarla.

—Ignoraba, Séneca, que hubiera humillación en ese acto. He sido yo quien se ha antojado de él. Yo no dormiré nunca sino con quien yo quiera. ¿Ves cómo domino mi carne, filósofo?

—Tú crees que vences.

—Yo creo, Séneca, yo creo que la voluptuosidad está en nosotros y no en los demás. Las heteras venden su carne por hambre; vosotros, cuando habláis de la carne, parece que os referís siempre á la carne de ramera.

Séneca, que no había oído esto último, afirmó:

—Cierto. La voluptuosidad está en nosotros y no en los demás.

Mesalina se desdijo completamente. Y, mientras Jocundus la adiestraba en la pantomima *Itálica*, Séneca, el codo en la rodilla, el mentón en la mano, los ojos en los dos cuerpos perfectos, soñaba en un libro ó en una tragedia que tuvieran por fundamento la idea de la augusta viciosa.

Mesalina, la insaciable, reinaba por entonces...

Claudio, su marido, acababa de pagar á los asesinos de Calígula, su antecesor, los quince mil sextercios convenidos.

Pedro el Pescador que, desde seis años atrás, ocupaba la Silla Apostólica, pedía en vano al Señor que una tempestad de fuego redujera á cenizas el jardín de Lúculo en el puerto gentilicio de Ostia.

Eugenio Noel.



El golfo.—¡Rediez, qué estufa pa un calentón bien daol

LEA USTED EL JUEVES

A MERCED DEL VIENTO

por «Angel Guerra».

OBSERVACIONES DE «UN PEQUEÑO REPÓRTER»

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

CHINCHORRERIAS Y ARMÁS AL HOMBRO

CHA visto que ciertas autoridades se empeñan en amargarnos la existencia á fuerza de chinchorrerías y armas al hombro. Lejos de proceder con cariñoso celo á procurar alargarla con sabias determinaciones, parece que se complacen en achicárnosla con torturas constantes. Vaya para muestra estos dos botones, demostrativos de que lo apuntado es una verdad inconcusa.

Habrán ustedes leído que en la última sesión de nuestro ilustre Ayuntamiento un señor edil salió á romper lanzas oratorias por los coches de alquiler abiertos pidiendo que se les deje circular en todo tiempo. En una palabra: demandaba la autonomía del "simón".

Pero otro señor municipal, que, según las reseñas de los periódicos, es el concejal-inspector de carruajes, le rebatió enérgicamente argumentando de este modo:

—Sí, he hecho encerrar á todas las "manuelas," porque realmente estaban indecorosas. Unas "manuelas," por sucias, otras por destartalladas, otras porque tienen estropeados los muelles...

He ahí un padre de la Villa que le ha tomado ojeriza á las "manuelas," llenándolas de epítetos poco respetuosos; y lo más extraño es que á estas horas no haya habido ni un mitin de protesta de las interesadas, ni una querrela por injuria y calumnia.

El otro botón es también de carácter edilicio. Me refiero á esa absurda y draconiana orden de transformar el régimen de entrar y salir el público de los tranvías.

Desde tiempo inmemorial, viajeros y viajeras tenían acostumbrado el oído á la eterna exclamación del cobrador:

—¡La bajada, por delante!—decía gravemente el empleado. Y á todos les parecía la cosa más natural del mundo.

Bueno; pues desde hace unos días, todos oímos, con no poco asombro, que el grito del representante de la Empresa es este otro:

—¡La bajada, por detrás!



—Sí, ¡en seguidita! Pa un golfo asqueroso como tú he criado yo á mi hija.

—¡Anda, la tía Cotillal! ¡La cultivará usted pa Tamames!

—¡Pero, cobrador! ¿Qué dice usted?

—Lo que me mandan: que hay que bajarse por la parte posterior.

—¡Canario!, y la delantera... ¿para que sirva ya la delantera?

—Pues por lo dispuesto, ni siquiera para subirse á la parra. Todo por detrás: es la orden.

Y, claro está, el final es que la subida quien se la gana es el inocente empleado que, con tantas explicaciones de cómo se debe subir y cómo se debe bajar el público, se queda con la lengua tan seca y la garganta tan irri-

zda, que da pena el verle. Yo no conozco al concejal-inspector de tranvías, si bien sé por referencias que es hombre incapaz de dar un disgusto á los vecinos y que es galante, á prueba de toda galantería, con las vecinas. Pero si le tratase, habría de decirle:

—¡Oh, caro amigo! esa medida produce una perturbación en las costumbres verda-

á la bajada por detrás, es atentatorio al derecho individual.»

Yo, por lo pronto, imitando á Quevedo, y en buena hora lo diga, ni subó, ni bajo: me voy á pie.

Y así seguiré hasta que llegue la primavera y pueda disfrutar de una "manuela", porque ya para entonces—si el otro señor edil lo arregla—estarán todas limpias y con los muelles seguros.

Un pequeño repórter.



—¡Qué compromiso! Al ponerme una media se le soltó un punto, y ahora, con este viento, se me va á ver el tomate.

deramente revolucionaria. Deje usted que las cosas vayan por su vía natural y lógica. Si el viajero está habituado á un procedimiento, ¿por qué alterárselo? Si de lo que se trata es de impedir la aglomeración y, como consecuencia, el *parqueo* á todo trapo, medios tiene para conseguirlo.

Bueno que usia se muestre contrario á la subida por delante; pero, ¡retronchol, obligar

Todas iguales

Sois las dos hermosas;
sois las dos casadas;
las dos sois dos rosas
de Abril perfumadas.

Sois las dos amantes
de vuestros maridos
cuando son galantes
y os llevan brillantes
y os compran vestidos.

Las dos, desdeñosas;
las dos, peligrosas;
prontas á un disgusto
cuando á vuestro gusto
no salen las cosas.

La de la boardilla
y la del primero,
la de la mantilla
y la del sombrero,

iguales, iguales,
sin dics y sin rito,
ni más ideales.

que el lujo maldito,
que el lujo nefasto
y un hombre bendito
que pague ese gasto.

Las dos, como todas,
siervas de las modas.

¡Qué importan los nombres!

Las dos, como todas,
perdeís á los hombres.

Gabriel Enciso.

MUJER PREVENIDA...

TODAS las tardes, á la misma hora, pasaba aquella endemianada mujer por delante del Suizo.

A las cinco en punto se apeaba de un magnífico coche, entraba en el reservado de señoras del citado café y, después de tomar unos pastelillos y una copita de Jerez, salía con su aire de reina para subir al carruaje y marchar con rumbo á la Castellana.

Ninguno de mis amigos pudo decirme quién era aquella hermosa mujer, ni el camarero sabía de ella una palabra.

Cuantas pesquisas hice resultaron inútiles; pero como cada día me iba interesando más la enigmática rubia, pues rubia era la bella desconocida, decidí sitiarla en toda regla.

Perdono al lector el relato de mi amoroso asedio; bástele saber que al fin logré adueñarme de la voluntad y encantos de la dama misteriosa, aunque para mí ya no lo era la monísima Rosarito X.

Los amorosos placeres, para que no les faltase nada, tenían además el atractivo del peligro.

Rosarito era casada, y su marido, un austriaco de un metro ochenta centímetros de alto y con cada puño como la maza de Fraga, gozaba justa fama de ser uno de los hombres más brutos del Imperio de Francisco José.

Nuestras entrevistas, por consiguiente, eran arriesgadísimas; y hubo noche que esperando la salida del esposo me estuve de plantón en la calle hasta las altas horas de la madrugada, mientras el bienaventurado austriaco roncaba á pierna suelta al lado de la esposa infiel.

El dios Amor quiso un día protegernos á Rosarito y á mí, é hizo que el esposo de mi amante recibiera orden de su Gobierno—era diplomático—de presentarse en Viena inme-

diatamente. Rosarito y yo creímos volvernos locos de contento, y nuestras relaciones tomaron un carácter casi conyugal, porque, seguro de la discreción de los criados, absolutamente adictos á su señora, no salía de casa del burlado diplomático más que lo impres-



—Me encanta, vida mía, me encanta verte tan aficionada á la limpieza.

—Calla, tontín, que ya sabes quién me lo ha enseñado...

cindible. La gracia, la coquetería y la belleza de Rosarito se apoderaron por completo de mí. Lo único que me disgustaba eran sus distracciones.

Aquella encantadora cabecita estaba completamente trastornada, y ocasiones había en que se olvidaba hasta de las cosas más elementales, vacilando por no recordar circunstancias ó nombres de esos que jamás se borran de la imaginación de las personas normales.



—¡Por Dios, Julio, no abuse usted de una mujer que hace tres meses no ve á su marido!

Pero, como, después de todo, el defecto no era tan grave, mi enojo se pasaba en seguida, y nuestros lazos se fueron haciendo cada vez más indisolubles, hasta llegar á un punto que dió al traste con mi tranquilidad.

A pesar de los obstáculos, seguíamos queriéndonos á todo vapor.

La ausencia del marido fué muy bien aprovechada por nosotros, y quién sabe si todavía seguiríamos tan difíciles relaciones si un hecho que nada tiene de trivial no hubiese puesto fin al enredo.

Una tarde, cuando más enfrascados estábamos en nuestros deliciosos amores, un timbrazo violento nos puso fuera de tino.

Instintivamente, eché mano al bolsillo del revólver; pero Rosarito, más discreta que yo, me hizo entrar en un cuarto ropero, y me metió dentro de un enorme armario.

Este recurso, que ya está tan desacreditado en el teatro y en la novela, me avergonzó un poco.

Mi cárcel era casi una habitación por su amplitud.

En ella había infinidad de prendas de vestir; pero lo que más me llamó la atención fué el ver un enorme cajón lleno de terrinas de *foie gras*, de bizcochos, galletas, salchichón, varias botellas de vino generoso y agua de Vichy y dos vasos.

En seguida pensé que alguna criada lo tendría allí escondido para obsequiar á su familia ó tal vez al novio.

En tales cavilaciones estaba cuando Rosarito abrió las puertas de cristal del armario y me sacó, con no poco sonrojo por lo ridículo de la situación y algún tanto enfurruñado.

Sus nimos y lagoterías me devolvieron el buen humor.

Una amiga inoportuna había sido la causa de todo aquel jaleo.

Cuando ya tenía el sombrero puesto para salir á la calle, rendido por las emociones y por los amorosos transportes de Rosarito, me acordé del cajón que vi en el armario, y la pregunté á mi amante si sabía lo que era aquello.

¡Claro está!: Rosario no se acordaba al pronto; pero pasado un buen rato exclamó:

—¡Ah, sí; ya recuerdo! Es que como soy mujer prevenida, he puesto eso para evitar un contratiempo, porque una vez encerré en un armario á un amigo, y por mi falta de memoria le tuve allí una semana.

Un sudor frío bañó todo mi cuerpo, y con los cabellos erizados salí corriendo de aquella casa para no volver más.

Antonio de Lezama.



—¡Mucho ojo! lleva usted descosido el *maillot* por aquí.

—Gracias; pero eso de «mucho ojo» creo que es exageración de usted.

CUENTOS INOCENTES

NAPOLEÓN

I



A se sabía: apenas llegaba á Madrid aquel endiablado comisionista catalán, su primera visita era para el templo amoroso de Rosario la Malagueña. Franqueaba el hombre la cancela, subía los escalones de cuatro en cuatro, penetraba como una tromba en el confortable recibimiento y, sudoroso y jadeante, exclamaba invariablemente:

—Buenas noches.

—Muy buenas.

—¿Por casualitat puede ustet desirme si está visible la Patrusinio?

Claro que, muchas veces, no estaba visible porque otro amigo de confianza se había anticipado y ocupaba el lugar del catalán junto á la encantadora muchacha; pero Fontdevila se resignaba piadosamente diciéndole, en tono confidencial, á la dueña encargada de franquear la puerta:

—Haré tiempo y volveré dentro de media hora. ¿Sabe? Si acaso, dígala que ha estado an Fontdevila... Ya ma cunose.

Y se largaba con viento fresco sin querer escuchar á la vieja celestina, que le brindaba la compañía amorosa y discreta de otras varias señoritas no menos agradables que la Patro.

¡Ah!, pero Fontdevila tenía la virtud de la constancia, y por nada del mundo se resignaba á cambiar de compañera. Se había acostumbrado á la Patrusinio, y las mujeres, para él, eran algo así como el par de botas, que cuanto más lo usamos nos proporciona mayor comodidad. Ni á tiros lograría nadie que aquel catalán se pusiera unas botas nuevas.

Y, bajo ese aspecto, no es posible dudar que era hombre práctico.

II

Desgraciadamente para Fontdevila, los negocios iban de mal en peor: el comercio atravesaba una crisis grave, las comisiones dejaban poco y en todas partes era necesario reducir gastos y apurar el capítulo de las economías. Puestas las cosas en tal estado, el pobre viajante veía disminuir de una manera lamentable la lista de sus ingresos, y, como ya hemos convenido en que era hombre práctico, empezó por suprimir el rato de tertulia nocturna en el café, se mudó á una

casa de huéspedes más económica, y, escatimando un real de aquí y otro de allá, procuraba nivelarse lo más airosamente posible. Hasta las visitas á la Patrusinio, única distracción de que Fontdevila no podía privarse en absoluto, fueron haciéndose menos frecuentes. ¡Aquel duro que, como recuerdo, tenía costumbre de dejar siempre en manos de la Malagueña le costaba sudores mortales!



Ella.—Primito: qué serio te veo. ¿Estás enfadado conmigo?

El.—Como ayer te incomodaste porque te besé...

Ella.—¡Pero, tontín, si eso es la primera vez nada más!

les y le desnivelaba para el resto de la semana!... ¡Si él pudiera conseguir una rebaja, por pequeña que fuese!...

Días y días anduvo cavilando sin encontrar una fórmula discreta, hasta que, por fin, una mañana creyó dar con la solución.

—¡Ay, caray!—se dijo para sus adentros.— ¡Ya está! ¡Mentira parece que no se me hubiera ocurrido!... Es indudable que si de cada ves le quito un real, con diesinueve rea-



El.—Si tuviera ahora mil duros, los daba por besarle una orejita.

Ella.—Por ser cosa de usted, puede bajar lo que quiera.

les que le quite tengo para otra vez. Y por un real no me van á negar la entrada. ¡Ea, me desido!

Y dicho y hecho: aquella misma noche empezó á poner en práctica la *combinacioncita*.

—¡Oh! miri: el caso es que no tengo el duro completo... Ma falta un real, ¿sabe?... Pero es lo mismo; tome usted esto, y á la otra vez que venga...

—Hombre, por un real no se apure usted. ¿Qué más da?

—Eso digo yo, ¿verdat? ¡Por un real más ó menos!...

Y Fontdevila salió triunfante y victorioso, mientras la *Malagueña* se guardaba los diecinueve reales.

III

A la semana siguiente se repitió la operación.

—¡Ay, caray!... ¡También es casualitat, hombra!

—¿Qué pasa?

—Que también hoy ma falta el real. No tengo más que diesinueve...

—¿Sí, eh?

—Pero es lo mismo. Total, por un real... Tome, y á la otra vez que venga...

La *Malagueña* no dijo nada. Se guardó el dinero, ya con su poquito de escama porque llovía sobre mojado, y el buen catalán se

marchó á la calle, diciendo para sus adentros —Ha sido una gran idea. ¡Ya se va acostumbando á los diesinueve reales!... Para el mes que viene lo bajo á los diesiocho.

IV

Unos días después volvió á la carga el infatigable comisionista. Su buena fortuna quiso que, en el recibimiento, se encontrase de manos á boca con la propia y auténtica Rosario *la Malagueña*.

—Buenas noches. ¿Está visible la *Patrusinio*?

—¡Hola, hombre!... ¡Qué!, ¿viene usted á traerme los dos reales que me debe?

Fontdevila no supo, de pronto, qué contestar; pero rehaciéndose luego y con voz que se esforzaba en parecer tranquila, exclamó:

—Miri, la verdat... Los negocios están malamente, y yo, por mi parte, si no me lo deja usted en los diesinueve reales...

Se detuvo, como temeroso de continuar. *La Malagueña* le contempló fijamente, y ya iba á mandarle á freir espárragos cuando, de pronto, cambió de idea. Tenía Fontdevila tal aire de tristeza y de resignación en toda su persona, que la empecatada andaluza tuvo que morderse los labios para no romper á reír.

—Tiene usted razón: ¡todo está muy malo! —exclamó con sorna—. Vaya por los diecinueve reales.

Y acercándose á la puerta del fondo y poniéndose en jarras, gritó con brío:

—¡Patrol!...

—¿Quién me llama?— respondió desde dentro la interfecta.

Y la *Malagueña*, entornando los ojos picarescamente, exclamó con toda la gracia de Andalucía:

—Sal, hija, sal; que está aquí Napoleón.

Ramón Asensio Más.



—¿No te has fijado que el tenor me miraba cuando cantaba: «Mi pasión su pecho inflama...»?

—Quita, mujer; lo hubiese dicho en plural.

LA PENETRACIÓN PACÍFICA

(CUENTO VIEJO Y MORUNO)

No sin grandes quebrantos, no sin serias perturbaciones en todos los órdenes de la vida, conseguirá Europa adueñarse del vasto Imperio que Alah santificó en su planta y donde hoy sus hijos fieramente defienden los derechos sagrados que el derecho internacional pretende atropellar sin derecho alguno. (¡Cristina, no hay derecho!) se me estropeó el parrafito político-transcendental.)

La empresa no es tan mollar (¡azúcar, pues voy corrigiendo el estilo canchilaresco!) como á primera vista parece. Y como para muestra de todo basta un botón (aunque no sabemos qué efecto haría un botón por muestra en una alfarería, por ejemplo) vamos á referir el *incidente* que se dice que ocurrió á dos industriales de una nación europeo-africanista por empeñarse en menesteres de penetración pacífica.

El hecho ocurrió hace años entre Taflete y Charol. Dos agentes de una de esas empresas altruistas pacificadoras que buscan en Africa la ciudad de Jauja para establecer en ella inocentes negocios que harán dichoso al país de Mahoma y de las babuchas, tuvieron la desgracia de extrañarse en una excursión comercial que practicaban, sólo por dar celos al Sr. Paraíso. Distráidos con sus cuentas galanas y "kabilaciones", cayeron en una kabila de las de espingarda en ristre y cimitarra empuñen, es decir, de las pccas que no camelaban en eso de la pacificación y venta al oro del inglés.

Detenidos que fueron, se les condujo á la presencia del kaid. Los notables se reunieron en *jonta*, y cuando más empeñada esta-

ba la discusión sobre la muerte de los europeos, un notable muy notable, casi sobresaliente en la tribu, hombre de buen humor, estimó que antes de decapitar á los cristianos convenía tomarlos un ratito á chuflla.

Dicho y hecho. Los europeos, por salvar la vil pelleja, hicieron mil toninadas, agotaron el diccionario de los colmos, relataron más patrañas que el "Duende," y gansearon



Él.—¿Ya has encontrado la pulga? Tienes un ojo que no te lo mereces.
Ella.—¡Quien no se lo merece eres tú!

casi tanto como cualquiera de nuestros actores del género chico, de los que por tener público se hacen amos del cotarro y reyes de la "mala pata,"

Tal arte se dieron los pobres cautivos en sus astracanadas, que muchos se pronunciaron correctamente por su liberación. Pero el kaid, deseoso de saber hasta donde llegaba el ingenio de los cristianos, les dijo: "Os perdonaré la vida, y daré la libertad si salís al campo, y, desde que nace el día hasta que se muere el sol, (tiempo suficiente y de zoricio mercadísimo), encontráis algo vagando por el campo que nosotros no conozcamos ni de vista, cuanto más en usos y apli-



—Está usted hermosísima.

—Es usted muy galante. Como dijo Campoamor: «Todo es según el color...»

—Y veo, además, que la sigue á usted gustando hacer citas...

caciones. Salieron los europeos á la busca, y nada digno ni extraordinario encontraron. Ya al caer la tarde, uno de ellos se sintió fatigado. En la huerta de un morabo, donde no moraba nadie, encontraron varias frutas, y con ellas, aunque sin mucha esperanza de "quedar bien", regresaron á la kabila.

Recorrido todo el aduar, tocó el turno al cautivo más viejo de enseñar su maravilloso hallazgo.

Un plátano.

Carcajada general. «¡Pero, hombre, si es de nuestro uso diario!», Rechifla de todos y el kaid que se dirige el ejecutor de la tribu y le dice en árabe vulgar: "Jai me baja mela jau la.", El ejecutor se remanga, y con ademán provocativo, se dirige al cristiano rezando entre dientes: "Jaleamela ala, jaleamela.."

El kaid, en árabe literario, que es el que conocía el cautivo, le dice: "Para que veas que conocemos el uso de lo que has traído te lo van á aplicar.."

En efecto: que quieras que no, quedó en ropa menos que interior, busca el ejecutor un agujero antagónico de la boca, y por allí, dulcemente, introduce el plátano.

Con estupefacción de todos, la operación provocó en el operado sonoras carcajadas. El kaid, creyéndose objeto de molesto pitoreo, increpa duramente al cautivo.

¿De qué te ríes, imbécil?

Entre risas mortales, el pobre cautivo contesta:

—Señor, me río del rato que va á pasar mi compañero si le castigan á lo que á mí por lo que trae.

—¿Pues qué trae?—exclaman todos los indígenas llenos de curiosidad.

Y ya falleciendo de hilaridad contesta el cautivo:

—¡Un coco!..!

Víctor Domínguez.



El ciego.—¡Gracias, hermosa señoral

La vieja.—(aparte.) Este no está ciego.

LEA USTED EL JUEVES

A MERCED DEL VIENTO

por «Angel Guerra».

LA NOVELA DEL AMOR

RÓLOGO.—Desde que el mundo fué mundo y hubo dioses y diosas, reyes y reinas, hombres y mujeres de la más alta y poderosa á la más abyecta y ruin estirpe, gobernó en él, del modo más absoluto, un príncipe inmortal, siempre bello y siempre joven, que siendo, como fué, dios de los dioses,

tuvo á los reyes por los más humildes súbditos, y á los demás humanos, como es consiguiente, por esclavos de la condición más sumisa é insignificante. Sin embargo, su influencia dejábase sentir por igual entre todos; su favor ó su tiranía mezclaba rangos y plebe, formando un solo individuo con todos los creados, que incesantemente caminaba en su pos, ora arrastrándose, ora remontándose, á veces riendo, á veces llorando; pero siempre inmensamente humilde ante su voluntad é incondicionalmente sometido á los caprichos de su carácter. Este singularísimo, universal y todopoderoso príncipe llamábase *Amor*, y desgraciadamente para la Humanidad, que lo eligió por norte y lo adoraba y respetaba como queda dicho, era ciego. La Humanidad camina mal, siguiendo extraviadas sendas desde su principio, debido á esta circunstancia.

No se concibe cómo pudo elegir á tal personaje por lazarillo.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO I.—Se extiende bastante haciendo numerosas consideraciones acerca de la falta de vista de S. M. el Amor y de las víctimas que inconscientemente hizo por esta causa, no pudiendo ver los horrores que se sucedían entre sus súbditos, y termina haciendo una especie de resumen con dichas víctimas, parándose á

calcular si bastaría para ellas una fosa tan larga como el tiempo transcurrido desde Adán hasta Werther, suponiendo que cada minuto fuese un kilómetro, y en caso contrario, cuántas fosas paralelas á ésta se necesitarían.

DEL II AL X.—En estos capítulos se trata de que hubo un tiempo en que dichas vícti-



El niño.—Oye, don Cenón: ¿tiene usted la tripa tan gorda por lo mismo que mi mamá?

Don Cenón.—No, monín; ni Dios lo quiera.

mas se hicieron tan numerosas, que el fin del mundo parecía próximo. La Humanidad entera languidecía. Por todas partes veíase el mismo cuadro y escuchábase las mismas frases: "*Esta niña se muere, y este niño. Sus enfermedades no tienen cura.*" Mirábase á óvenes, en la flor de la vida, que parecían espectros: caminaban meditabundos, ojerosos, pálidos, desgñados; y unos se sepultaban en el mar, otros se envenenaban, otros se herían en el corazón.. Mirábase á otros que permanecían aislados de las gentes, afilando puñales ó fabricando espantosos filtros en la sombra... Y á otros que se mordían los labios, rechinaban los dientes y se arran-

caban los cabellos.., que alguna vez marchaban, crispados los puños y espumando las fauces, y aplastaban, hendían, mataban sin compasión y se despedazaban entre sí... Tan terribles eran los sufrimientos de estos pobres, derivados de los mismos favores de aquel gobernador insigne, por no poder repartirlos con equidad, que Lucifer, refinador incansable del dolor, mandó construir un "Reservado," en el Infierno para atormentar á las peores almas, encima del cual escribió

mo espectros: ojerosos, pálidos, desgreñados...

ULTIMOS CAPÍTULOS.—Tratan de que la Humanidad, conociendo, por fin, su locura en la elección de faro, guía, norte, etc., no ama, ni respeta, ni acata la voluntad del Amor tan sumisamente como antes. Por todas partes se escuchan indignados gritos, se observan motines antiamorosos y surgen pretendientes sin cuento á la Corona del Supremo Rey, rivales al Amor. El desenlace de

todo esto es difícil adivinarlo. El trono del Amor vacila; pero ¿caerá?... Este Monarca se encuentra agitado; sufre remordimientos terribles; se acusa de asesino inmenso; se siente dispuesto á sacrificarse por sus vasallos. Ve derribado su trono, y rabia, al mismo tiempo, de desesperación... Quiere conquistar sus Estados con nuevos favores, que resultan nuevos homicidios. Quiere castigar, y sus vasallos se rien de sus injusticias...

EPÍLOGO.—Esta es, señores, en esencia, la novela del Amor. La Humanidad ahora va por buen camino, y parece que el casi destronado rey también... *Apparuit jam beatitudo vestra*, se cree que ha dicho. ¿Por qué?... El si-

guiente telegrama, transmitido á todo el mundo por un célebre oculista alemán, os podrá informar mejor que nada acerca de su proyecto. Dice así el telegrama:

"Berlín...," etc.

Príncipe Amor en mi clínica. Prepárome á operar. Grandes esperanzas éxito.—*Lanternanzünder*..

Antonio Pedrosa.

LEA USTED EL JUEVES

A MERCED DEL VIENTO

por «ANGEL GUERRA»



—¿Quién tiene la ficha mayor? ¿Usted ó yo?

—¡Bah! Todas hacen su juego sabiendo moverlas.

con fuego el siguiente rótulo: "A celos.—Castigo extra."

DEL X AL XX.—Refieren estos capítulos cómo una Comisión de altos y doloridos personajes se elevó hasta el Supremo Alcázar del Amor, Comisión cuyos miembros, hincándose de rodillas, pidieron el don de amar y ser amados; único medio, según ellos, para vivir completamente dichosos, para no sufrir lo que muchos infelices sufrían en el mundo... Y hacen saber que el gran Monarca les concedió todo cuanto quisieron pedirle, dando detallada cuenta de cómo amaron luego dichos personajes, hallando abiertos á sus deseos todos los corazones y "demás senderos del amor". Pero en estos capítulos también se trata de cómo murieron enseñuida todos los miembros de la Comisión de referencia, empezando por quedar co-

VIENDO SE APRENDE



El campo despide esa simpatía dulce y húmeda de los días otoñales. Blancos nubarrones surcan el Espacio, aglomerándose hacia poniente sobre la crestería azulada.

Los árboles se despojan de las hojas, que el viento arrastra y deja morir en el arroyo. El Sol comienza á levantarse lento y perezoso, y sus rayos doran tenuemente las copas de los árboles que en larga extensión cubren el paisaje...

En el silencio de la alameda suenan trompas de caza, y el suelo se estremece ante el paso de una veintena de jinetes. La jauría aúlla con impaciencia.

A la vanguardia de los cazadores van un hombre y una mujer. Joven ella, arrogante, hermosa, monta con gracia y con soltura un potrillo andaluz pequeñito y nervioso. El, sobre los lomos de una yegua inglesa, lleva su atención en la dama.

Hablan.

—La mañana convida á comer—dice él.

—Y si yo le dijera que más invita á sentarse junto á un árbol y á charlar, á soñar, ¿qué diría?

—Pues que es usted demasiado lírica para ser mujer.

—Alguna había de sentar el precedente.

—Pues siéntelo usted... y sentémonos.

La dama y el caballero se apean, atan los caballos al tronco de un árbol y van á tenderse junto á otro.

EL.—Ya estamos tumbados. Ahora, ¿qué prefiere usted? ¿Soñar ó conversar?

ELLA.—Conversemos; pero la galantería le obliga á iniciar la conversación.

EL.—La galantería... y el amor.

ELLA.—También está usted un poquitín lírico.

EL.—Quiero decir que no me he sentado aquí para charlar inocentemente...

ELLA.—¡Alfredo!

EL.—Estamos solos, Sara; tu marido está lejos...

(Los ojos de la dama brillan de un modo



—El secreto de mi éxito es que soy la primera en el molinete de espalda. Es mi flaco.

—Con que flaco... Pues yo lo veo bastante grueso.

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

A MERCED DEL VIENTO

por «ANGEL GUERRA»

20 CENTIMOS

tentador; los de él, prometedores. Continúan hablando.)

EL.—¿A qué esperar?

ELLA.—Te advierto que no soy impaciente.

EL.—Porque eres mujer. Las mujeres sabéis conteneros mejor; un hombre viudo y casto, siendo joven, es imposible... La mujer se sostiene alguna vez.

ELLA.—¡Bueno, bueno!...

EL.—Soy tuyo. Te idolatro...

ELLA.—Mira que soy capaz de creérmelo y matarte en mis brazos, porque hago lo que quiero con lo que es mío, como tú, según dices.

EL.—¿Sí? (*Besándola.*) ¡Imposible!

ELLA.—Sí, sí; matarte... (*Continúa cediendo.*)

EL.—Nunca, nunca... Prueba.

ELLA.—¡Vanidoso! (*Dejándose caer en los brazos del caballero.*)

.....

.....

Han pasado dos horas. La dama y el caballero aparecen al final de una avenida, sonrientes y cansados. La vanidad de una gran caza dilata sus nervios. Sin duda fué ella quien más corrió, quien puso más brío en el ataque á la caza enemiga, por cuanto se sostiene en la silla del caballo difícilmente, flácidos y cansados brazos y piernas.

De pronto, un giro brusco del caballo, un mal paso, algo que no se explica, hace á la dama caer al suelo, boca abajo, en una postura incorrectísima.

Un criado acude presto á levantarla; pero cuando llega, la dama, en pie, le dice:

—¿Has visto mi prontitud?

A lo que el criado responde:

—Sí, señora; pero no sabía que tenía ese nombre.

NOCHE EN NAPOLES ⁽¹⁾

En la hermosa terraza napolitana que sobre el mar inclina su faz riente, bajo el patio de estrellas que alegre miente, la tarantela suena loca y liviana.

A los ojos se extiende la caravana de luces que semejan seres vivientes, y atravesando Prócida llega al Oriente, en la nube de estrellas que se desgrana.

Nápoles, luz, ensueños, mirtos y amor, los labios de la hermosa son como flores del jardín amoroso por que camina.

Estan dulce el ambiente que el alma embriaga, y entre flores de ensueño que el mar halaga, gozo de las primicias de una bambina.

Gabriel García Maroto.

(1) Del libro *La caravana pasa*, recientemente publicado.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

APARTADO 547

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

Luis de Ossa.





